



La misericordia de Dios y la fidelidad hasta el martirio

Fernando Torre, msp.

Desde Jesús de Nazaret y el diácono Esteban hasta nuestros días, el martirio ha estado presente en la historia de la comunidad cristiana. En su liturgia, la Iglesia hace memoria de los mártires, pide su intercesión y nos los presenta como ejemplos de seguimiento de Jesucristo.

Durante la celebración eucarística, en ocasiones oramos a Dios diciendo: «tú misericordiosamente les proporcionas [a los mártires] el ardor de la fe, tú les otorgas la firmeza de la perseverancia y les concedes la victoria en la batalla»¹.

Esta oración habla de fe, perseverancia y victoria. Fe: con la entrega de su vida, el mártir está gritando: «creo en la resurrección de los muertos y en la vida eterna». Perseverancia: con su misericordia, Dios hace que una persona frágil y limitada –como lo somos todos– sea capaz de mantenerse firme y sin quebrarse frente a la amenaza de muerte. Victoria: Dios Padre, con su Espíritu Santo, fortalece al mártir para que, ante la tentación de conservar la vida si traiciona a Jesucristo, se mantenga fiel hasta el final.

Además del martirio propiamente dicho, existen otros pequeños martirios: la indiferencia, la exclusión, la burla, la calumnia, el desprecio, el insulto, la agresión física, la persecución... En estos pequeños martirios también hay que derramar toda la sangre, pero gota a gota; lo cual puede ser más doloroso y exigir mayor fortaleza que el martirio mismo.

Si te han infligido alguno de estos martirios, por el sólo hecho de ser cristiana/o, dichosa/o tú (cf. Mt 5,11), pues es un reconocimiento indirecto de que tu manera de vivir el Evangelio es auténtica. Si te has mantenido fiel a Jesucristo en los momentos en que sufrías el acoso de los demás, ha sido porque Dios Padre te sostuvo misericordiosamente.

¹ Prefacio II de los mártires (*Misal Romano*, 2015).